



Aportes y debates sobre la reedición del libro de Oscar Terán: *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*

Coordinadoras: Ana M. T. Rodríguez,
María Esther Folco y Laura Sánchez¹

La reciente reedición de la obra de Oscar Terán *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina* por Siglo XXI, generó un momento propicio para reflexionar sobre el aporte de la obra que vio la luz hace más de veinte años².

Quinto Sol, en su sección de Notas y Comunicaciones, consideró relevante promover un espacio de intercambio entre distintos historiadores, quienes desde diferentes miradas – historiográficas y generacionales- y desde nuestro presente, analizaron una producción intelectual imprescindible para comprender una época. Los ensayos de Jorge Saab, Mónica Gordillo, Vera Carnovale y Sergio Pujol recuperan el valor de la obra e invitan a revisitarla.

¹ Investigadoras del Instituto de Estudios Socio-Histórico, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa. Argentina. Correo electrónico: anmarodri@hotmail.com, mesfolco@hotmail.com, sanchezlau@hotmail.com

² La primera edición fue: TERAN, O. (1991). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-196*. Buenos Aires: Puntosur.



Memoria de los sesentas

Jorge Saab
IESH-FCH-UNLPam

“¿Cómo no vamos a poder nosotros, ante el espectáculo prodigioso de millones de seres liberados, y de otros millones resueltos ya a liberarse, salir al encuentro de la Historia para decir tan alto como la voz lo permita que estamos viviendo con lucidez absoluta este momento, el más dramático de la vida del hombre, y que tan seguros nos sentimos del porvenir inevitable –cualquiera sea la suerte personal que el destino nos reserve– que ya podemos desatar al viento la infinita alegría de vivir ahora?”.

Aníbal Ponce [1935] en *De Erasmo a Romain Rolland*.

El ambiente, “ ¿...esa cueva de bolches?!...”¹

Para quien optara por cursar una carrera en el viejo edificio de la calle Via-monte², el primer sentimiento que lo embargaba era el asombro; no tanto por el hecho de cruzarse con Borges en el hall, sino porque éste pasaba por allí sin alterar para nada la rutina de la Casa. Pero el asombro no terminaba ahí, unos metros más adelante, en el aula grande, Héctor Agosti desplegaba una de las conferencias programadas por el Centro de Estudiantes ante un auditorio colmado, a despecho de la legislación represiva vigente. Es que la bien amada autonomía no solo hacía posible que un notorio comunista pudiera despacharse a gusto en una institución del Estado, sino que los activistas se dieran el gusto de provocar a la policía la que ni por asomo podía trasponer el límite de aquel *reino de la libertad*. Para todos los demás entrada libre, por ejemplo para asistir a las clases de José Luis Romero desde la cátedra de Historia Social General.

La excelencia académica de Romero -también decano- no alcanzaba sin embargo para blindarlo ante las acometidas de las agrupaciones, que no admitían circunscribir sus carteleras de modo tal de facilitar la circulación. Es que en la vorágine de la historia no había lugar para ese tipo de nimiedades

3 Réplica de un oficial de Caballería ante la respuesta de un soldado preguntado por su lugar de estudios (1964).

4 La sede de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires se trasladó luego a la avenida Independencia.

burguesas. Sí, claro, la certeza de estar viviendo un enorme viraje en el curso de la historia suponía una cierta soberbia en aquella juventud que abominaba de un legado del que no quedaba prácticamente nada que valiera la pena recoger.

Aquella certeza también se apoyaba en el *conocimiento*, que ya no se estimaba como un valor en sí mismo. La fascinación por los textos que retomaban los conceptos de la totalidad y de la praxis, remitían a una reconsideración del rol de los intelectuales. Ahora éste encontraba una nueva legitimidad en el *compromiso* orientado a la solidaridad con los que más sufren, con las masas de desheredados que pueblan *el reino de este mundo*, lo cual implicaba la subversión del orden de cosas existente que se encaminaba a la generación de un *hombre nuevo*.

Esa *creencia* en el cambio social inexorable alimentaba el clima optimista que estimulaba la discusión en las asambleas e impulsaba a marchar tras consignas del tipo *Fuera yanquis de Vietnam!*

La producción artística de la época ilustra profusamente tanto esta nueva visión del mundo como la crítica al orden consolidado, y esta tendencia se vio reforzada por la emergencia de una cultura juvenil hostil a la herencia de los mayores.

La disposición a poner el pensamiento al servicio de un mundo mejor entrañaba, además, una ética del sacrificio derivada de la adopción del compromiso a la que muchos se entregaron más tarde convencidos de que ese era el único camino.

Pero más allá de esas paredes, el mundo exterior no entendía muy bien qué quería esta juventud insolente. Aquella clase media, cada vez más denostada, podía sentirse atraída por la oferta de las vanguardias culturales, o más bien, entusiasmarse por la posibilidad de acceder al auto o a un terreno en la costa, toda vez que las promesas desarrollistas parecían encaminar al país por el camino apetecible de la modernización.

Y más allá todavía, entre los pliegues de una sociedad ocupada en la persecución de utopías elevadas o prosaicas, quienes compartían una cerril repugnancia al cambio se movilizaban y sumaban adeptos en las cercanías de los círculos militares y religiosos. Pero fuera de algún enfrentamiento en las calles, un esporádico atentado, una víctima fatal cada tanto, pocos le adjudicaban chances mayores a aquella reacción ultramontana dado que el enemigo a combatir lucía ropajes más modernos.

“Libros que uno leyó y que no se pueden olvidar” (Guillermo Cantore)

El texto de Terán se despliega a través de un abanico de palabras clave, a la mayoría de las cuales parece corresponderles su opuesta. Puede advertirse también la maestría de artesano en la reconstrucción de unas secuencias en las que es posible identificar las marcas que jalonan una historia intelectual, inescindible del ambiente cultural y de la historia política.

La generación juvenil que compartió los '60 puede identificarse en los grandes trazos de esta historia. Cada uno de los que transitaron por la Facultad en aquellos tiempos podrá dar cuenta de hasta qué punto esa experiencia marcó para siempre sus vidas, independientemente de cuáles hayan sido sus textos iniciáticos y sus formas de sumarse a este nuevo *viento en el mundo*.

La segunda posguerra proponía un nuevo clima de ideas estimulado por el informe de Nikita Krushov al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, la ruptura de China con la Unión Soviética y los movimientos de liberación nacional, entre otros acontecimientos significativos, pero sobre todo, por el gran desafío que propuso la revolución cubana. En efecto, aquella *Segunda Declaración de La Habana*, lanzada como un guante frente a las narices de la gran potencia imperialista, venía a anunciar el nuevo evangelio que parecía decir a quienes quisieran escuchar: *la revolución está al caer. ¿Cuál de los caminos elegirán ustedes para encontrarse con ella?* Y aquella revolución venía a confirmar, una vez más, que la violencia continuaba siendo la partera de la historia. La idea según la cual la violencia de los de abajo es una respuesta a la violencia de los de arriba se iba naturalizando en la medida que la ola revolucionaria se levantaba y avanzaba a la vez como advertencia y como promesa.

Entonces, el quehacer intelectual de aquella izquierda que surgía en parte de las experiencias acumuladas en el socialismo y el comunismo giraba en torno de interminables discusiones sobre el carácter del cambio social que se avecinaba. Si había un extendido consenso en señalar a las masas obreras como el sujeto de la gran transformación, se hacía necesario tomar nota de que en la Argentina esas masas eran peronistas. Se imponía entonces una relectura del peronismo, habida cuenta de la bancarrota de las interpretaciones que llevaron a los intelectuales a una total incomprensión hacia quienes estaban llamados por la historia a ser los grandes hacedores de la revolución en ciernes.

La operación intelectual, entendida como una de las herramientas aptas para pensar y brindar soporte ideológico al proceso de cambio, exigía estudiar/discutir a los teóricos de la transformación social, especialmente marxistas, en clave latinoamericana. Esa tarea se veía facilitada por la repulsa a las cristalizaciones dogmáticas consagradas por el marxismo ortodoxo y, por otro lado,

por la incorporación de disciplinas y desarrollos teóricos que contribuían a enriquecer el bagaje intelectual necesario para leer y transformar la realidad.

La *cuestión nacional* pasaba a ocupar el centro de las preocupaciones de esta nueva izquierda y, en ese sentido, quedaba la puerta abierta para la entrada jubilosa de un nacionalismo que, por obra de una suerte de alquimia discursiva, tornaba compatibles teorías e interpretaciones hasta entonces rotundamente enfrentadas. Esta elaboración suponía renunciaciones y rupturas diversas, entre ellas, el rechazo a la propia condición pequeño-burguesa de la que la inmensa mayoría de los jóvenes universitarios era tributaria.

La crítica fue despiadada hacia las actitudes asumidas por la generación precedente ante la irrupción de las masas en la historia y la carta de ciudadanía obtenida por aquella marea de *cabecitas negras* que ofendía la postura recalci-trantemente cosmopolita de las élites y de los sectores medios adscriptos ideológicamente a ellas. El tópico de la convivencia imposible de las dos Argentinas se actualizaba ahora para enfrentar en la batalla final de un lado a quienes seguían aferrados a la creencia de un sistema político que acababa, una vez más, de mostrar sus falacias y su fracaso y, de otro lado, a los que apostaban con la fuerza de la voluntad y su pasión revolucionaria a *la inmensa mayoría* portadora de la victoria final.

Como el autor mismo lo admite, el corte del período en 1966 puede ser discutido y revisado. Lo que parece iniciarse a partir de entonces es una corta transición hacia otro ambiente cultural e intelectual, algo así como los *segundos sesentas*.

Si bien a partir de la disrupción institucional operada ese año se instrumentó una política represiva y de sofocación cultural –la Noche de los Bastones Largos acabó con la autonomía universitaria–, también es cierto que durante aquel *bloqueo tradicional* la actividad intelectual no solo no cesó sino que pareció incrementarse al calor de la resistencia a la dictadura. Más bien, el proceso de radicalización surgido en los '60 podría encontrar su culminación en el Cordobazo. Aquel acontecimiento insurreccional que venía a cumplir el reclamo de unidad obrero-estudiantil podía encuadrarse bien en la lógica sesentista. La violencia que vino después, sobre todo aquella de corte terrorista, pertenece a otro momento; una secuencia cuyo arranque puede identificarse con el secuestro y muerte del general Aramburu, anunciada un año antes con el asesinato de Augusto Vandor.

Quien echara un vistazo retrospectivo a la Facultad -digamos desde 1970- comprobaría hasta qué punto aquel escenario había cambiado³. La

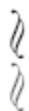
³ Un indicador relevante del cambio producido era la posición hegemónica de las agrupaciones peronistas en los Centros de Estudiantes.

cuestión nacional había operado en el campo intelectual un desplazamiento hacia autores y textos de relativo influjo años antes, a la vez que la argumentación racional cedió su lugar a una actitud antiintelectualista que se llevaba muy bien con los ideologemas populistas. *Lo nacional* había pasado a ser el baremo al que se sometían las actitudes, los discursos y las acciones. Y a este nuevo clima cultural se habían inclinado muchos de los que en otros momentos no eran asiduos concurrentes a la biblioteca ahora dominante. La masiva adhesión a ese peronismo que ya no distinguía entre el conductor y las masas, elevaba la presión al punto de sofocar toda réplica. El otrora orgulloso talante intelectual había cedido su lugar a la política que siguió su curso hasta darse con el final anunciado desde su propia lógica.

Si los procesos históricos reconocen filiaciones en las ideas que los preparan, los acompañan y hasta les otorgan carta de legitimidad, la entusiasta actividad intelectual de los '60 no escapó a esta suerte de "generales de la ley". Pero resulta difícil encontrar en esos *primeros sesentas* el germen de la tragedia que refiere Terán. En todo caso, *aquello que no debió mezclarse*, no se produjo ahí sino en el pasaje al otro momento, donde a medida que se agudizaba el proceso de radicalización, la política iba absorbiendo todo resto de autonomía que pudiera aún encontrarse en otras esferas de la vida social.

De todos modos, como afirma Silvia Sigal en un intercambio con el autor: "Luego hay que explicar cómo una acumulación de acontecimientos hizo que se pasara efectivamente a la violencia, pero de eso no hablan ni el libro de Terán ni el mío".

Finalmente, los errores de apreciación de las propias posibilidades y la subestimación de las capacidades de respuesta del enemigo, no debería hacernos perder de vista -como señala el propio Terán- que siguen vigentes tanto aquella lúcida crítica al poder como la adopción de valores que hacen más digna nuestra *residencia en la tierra*.



Nuevamente, “las ideas organizando mundos”

Mónica B. Gordillo
IDH-UNC/CONICET

Muchas veces se ha señalado que toda historia es historia contemporánea, para subrayar la idea de que siempre surge de las preocupaciones del presente. En el mismo sentido se podría afirmar que cualquier texto es no sólo un palimpsesto donde se encuentran diferentes escrituras superpuestas, sino también una obra abierta susceptible de sucesivas lecturas que llevan las marcas de su tiempo. ¿Cuáles eran las preocupaciones de Terán a comienzo de los '90 cuando apareció el libro y las nuestras cuando lo leímos por primera vez? Sin duda avanzar en esas respuestas implicaría adentrarnos en las trayectorias personales, en las de los propios campos académicos y en las constricciones y demandas de esa época. No es esa la intención en esta breve reseña sino, más bien, la de señalar algunos aportes pioneros para la comprensión de una etapa que recién comenzaba a ser investigada sistemáticamente y, también, la de acercar algunas reflexiones en torno a la lectura que hoy, a más de veinte años de su edición, podemos hacer del libro para preguntarnos acerca de lo que él sigue alumbrando y sobre la vigencia de sus señalamientos.

En efecto, si algo queda claro, y no sólo como enunciado sino demostrado empíricamente a través de una minuciosa reconstrucción histórica, es el peso de las ideologías en las disputas políticas, como conjuntos de ideas que se apoderan de los hombres, y al hacerlo creer lo que creyeron los hicieron ser lo que fueron (Terán, 1991: 13). Esto aparece referido a un conjunto de intelectuales que conformaría la nueva izquierda y recortado en una etapa especialmente densa desde el punto de vista de las oposiciones políticas, como lo fue el período comprendido entre 1956-1966, en el marco de la destitución de Perón, la proscripción del peronismo, la Revolución Cubana, la Guerra Fría y un nuevo golpe militar con pretensiones hegemónicas. Sin embargo, más allá de ese recorte, el libro permite reflexionar acerca de la existencia de épocas donde lo ideológico es más determinante que en otras en la construcción de sentidos sobre lo público-político; pero también muestra, a partir de indicios claros, los procesos de enmascaramiento de lo ideológico llevados a cabo -entre otros- por empresas culturales que se posicionaban ya sea desde la figura

del intelectual profesional distante de la política -como Imago mundi y otras producciones de los intelectuales liberales- o desde un profesionalismo modernizante -como era el caso de *Primera Plana*-, donde lo político o las ideologías aparecían como obstáculos para los cambios que se querían promover. Este es un señalamiento importante para el análisis histórico que trasciende la etapa estudiada, ya que advierte acerca de la necesidad de indagar esas estrategias como parte de la lucha política, en especial en momentos donde la fuerza de las ideas aparece desdibujada por la preeminencia de discursos provenientes de otros campos de la realidad social -por ejemplo del económico- o teñidos de una supuesta neutralidad.

Otra cuestión general que también se desprende del libro es el énfasis puesto en la interacción social y política como base explicativa de los procesos históricos y, en especial, de las transformaciones culturales y de la posición de los intelectuales críticos en ellas. Es decir, si bien por momentos las ideas parecen circular con independencia de los sujetos portadores, el autor se niega a considerar su desarrollo de manera autónoma, siguiendo un sentido trágico ya prefigurado o autocontenido. Por el contrario, serán el funcionamiento de los regímenes políticos y las decisiones que éstos tomen los que incidirán marcadamente en el recorrido de las mismas y, con ello, en los cambios culturales e ideológicos. La atención prestada a las relaciones entre distintos actores y a los cruces de recorridos, permite matizar el peso inexorable de los antecedentes en los consecuentes y ponderar las diferentes alternativas contenidas en los primeros. Esto es importante para sopesar también la incidencia de condicionantes de otro tipo, materiales, estructurales, de posiciones de clase, entre otros.

Considerando específicamente sus aportes para el conocimiento de la compleja etapa estudiada, el libro ofreció un mapa completo de los núcleos temáticos y de los sitios desde donde fueron producidos los principales componentes ideológicos que nutrieron la cultura política de los sesenta y la nueva relación entre el trabajo intelectual y la política por parte del sector crítico de izquierda, precisando la tensión permanente que debió afrontar entre el compromiso con ella y su subordinación orgánica. Pero fue también una hoja de ruta para reconstruir los itinerarios seguidos por los intelectuales críticos, desde sus primeros años formativos buscando maestros y figuras de relevo, rompiendo luego con ellos o reconociendo su ausencia, y la necesidad de encontrar otros soportes en el afán de encauzar las contradicciones surgidas frente a la cuestión peronista. En ese sentido fue también pionero en los estudios sobre el antiperonismo como fenómeno cultural, ya que desde los núcleos temáticos en disputa fue posible penetrar en la dinámica de esa democracia imposible. Por eso el libro no fue estrictamente una historia de los intelectuales sino mucho

más que eso, sus señalamientos sirvieron como punto de partida para otros estudios que permitieron mostrar cómo esas ideas trascendieron el campo intelectual para nutrir culturas contestatarias, de resistencia, de confrontación, a partir del interés deliberado de esos intelectuales por dirigirse a los sujetos que consideraban debían encarnar las transformaciones sociales –el trabajador, la clase obrera, el pueblo- como figuras incontaminadas frente a lo vivenciado como una crisis de la hegemonía cultural de la burguesía.

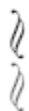
De allí que resultó un aporte muy fecundo para analizar contextos locales específicos, como el de Córdoba durante el período, donde fue posible observar la fértil confluencia de ideas y sujetos comprometidos con la transformación social así como el éxito de esa empresa en consolidar marcos movilizadores y en construir una nueva hegemonía cultural basada en el movimiento obrero. Alertó así sobre considerar cómo un conjunto de ideas se “apoderaron” de otros sujetos, difuminándose fuera del campo intelectual. Por ejemplo, la crítica a la democracia burguesa y al liberalismo en general, acompañada de fuertes certezas y un creciente optimismo en la posibilidad de construir mundos mejores, que reforzó el voluntarismo y a su vez el maniqueísmo en las intervenciones teóricas; ideas que desde la universidad, el movimiento estudiantil, las parroquias con curas obreros y sus principales sindicatos, parecieron hacia el final de la década dar inicio a un nuevo tiempo.

El libro dio también pistas sugerentes para entender cómo lo que denomina “bloqueo tradicionalista”, fue creciendo desde distintas posiciones y sectores para terminar no sólo cercenando el libre funcionamiento del campo intelectual sino, lo más determinante, abriendo el camino para la pérdida de autonomía de ese campo y para pasar a su subordinación política. Y nuevamente Córdoba apareció como un microescenario donde observar claramente ese proceso: la radicalización de las posiciones y el pasaje, en muchos casos, del intelectual comprometido al orgánico, cuya tensión sin embargo ya es señalada para el período previo entre algunos de los principales referentes cordobeses analizados.

Ello lleva a preguntarnos por qué fue posible ese éxito en cuanto a la incidencia social de esas ideas, e incluso, ese pasaje en la autoidentidad como intelectual. Esa pregunta remite a otra cuestión señalada por el autor, a la de la relación de ese grupo crítico con el “Príncipe”. El libro señala su débil inserción en los espacios institucionalizados y en el Estado, indicando que crecieron más bien como efecto de un cierto desorden, necesario para la creación intelectual, que los tornó relativamente disponibles para comunicar su práctica a la sociedad. Podría pensarse hasta qué punto esa situación intermedia entre la institución y los márgenes hizo posible que, a pesar del bloqueo tradicionalista,

podieran seguir circulando las ideas a través de una serie de resquicios que no fueron cercenados, siendo posible sobre ese fondo la radicalización operada. Esto diferencia -entre muchas otras cosas- la irrupción militar de 1966 de la ocurrida diez años después cuando no sólo se produjo un bloqueo sino, esa vez, un exterminio de las ideas y de sus portadores.

Hoy, a más de veinte años de la primera edición, la relectura del libro desde un escenario muy diferente al de los '90, nos sirve para reinstalar cuestiones que esos años sesenta priorizaban “la fecundidad de la crítica hacia el poder, la apuesta por un mundo más justo, la solidaridad entre los seres humanos [...] la esperanza” (Terán, 1991: 191), para observar también cómo fueron diluyéndose esas cuestiones en las décadas posteriores; en los '80 durante la reconstrucción democrática cuando las ideologías tendieron sin éxito a ser desdibujadas en aras de superar antagonismos del pasado y de una civilidad potente que buscaba anular los conflictos; en los '90 cuando lo técnico y lo pragmático debía imponerse sobre lo ideológico enmascarando con ello la ideología del mercado. Sirve también para repensar el peso de las ideologías en la sociedad de hoy, las ideas organizando mundos -como dice Terán- así como los propios procesos de enmascaramiento actuales y para reflexionar sobre el funcionamiento del campo intelectual que, en muchos sentidos, parece reeditar las viejas disputas ahora en torno a un populismo de nuevo signo que vuelve a plantear la discusión en torno a la figura del intelectual y su relación con la política y con el “Príncipe”.



Nuestros años sesentas, cinco décadas después

Vera Carnovale
UNSAM/CONICET

“Quiero repetir que era un bello domingo de verano, porque entonces se entenderá mejor que era natural que por la calle pasaran numerosas parejas jóvenes rumbo al parque cercano. La tarde se acercaba a su ocaso. Entonces Javier me miró serio y fijamente y me dijo: “Pensar que no saben el mundo que estamos armando para ellos”. No se me ocurrió responder nada -quizás porque estaba de acuerdo con esa aseveración -, y sin embargo esa frase quedó para siempre clavada en un rincón de mi cerebro...”

Oscar Terán, en *Lectura en dos tiempos*

La escena de esa tarde de verano data de finales de 1966, quizás comienzos de 1967. Un joven Oscar Terán, por entonces estudiante de Filosofía, salía a la calle con los ojos llorosos y el alma conmovida luego de haber leído, en una pobretona buhardilla estudiantil del barrio porteño de Barracas, *¿Revolución en la Revolución?* de Régis Debray, recientemente “llegado” en microfilm desde “la isla” y proyectado caseramente sobre una de las paredes en mal estado que delimitaban la pieza de Javier, su compañero de estudios y, también, de ese apasionado y feroz recorrido que muy pronto los llevaría de las letras a las armas.

Convencidos de las verdades irrefutables que emanaban de aquel texto -o, más certeramente, de su aura- y haciéndose eco de los imperativos que esas verdades imponían, ambos jóvenes se asomaron a aquel atardecer con la inquebrantable voluntad de transformar para siempre un mundo de injusticia y humillación. Y fue entonces cuando Javier espetó su indeleble y estremecedora frase.

Quizás por los tantos sentidos implícitos en ella, quizás porque en esos sentidos se habían jugado buena parte de sus propias apuestas vitales, o quizás también porque sospechaba poder encontrar allí buena parte de la clave de la tragedia colectiva que signó nuestro reciente pasado, lo cierto es que a lo largo de los años Oscar Terán habría de volver una y otra vez “con temor y temblor” a aquella tarde de domingo; del mismo modo que habría de volver, una y otra

vez, “entre el homenaje y el exorcismo”, al escenario epocal que la sostenía y significaba.

Fruto de ese retorno tan temeroso como reverencial, es su libro *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina (1956-1966)*, publicado por primera vez en 1991 por Puntosur, reeditada en 1993 por El Cielo por Asalto y reeditada en mayo de 2013 por Siglo XXI.

Se trata de una obra de referencia obligada para la historia intelectual, la historia de las ideas y, también, para la historia de esa zona de encuentro entre cultura y política. Una obra que habla o, mejor, dada su voluntad de interpe-lación, “nos habla” de los años sesentas, así, en plural. Un plural que, como señala Hugo Vezzetti en el esclarecedor estudio preliminar que acompaña esta nueva edición, remite a la diversidad de rostros y tramas que confluyen en esa década en la cual la política se tornaba en la región dadora de sentido de múltiples prácticas, incluida la teórica.

El trabajo -que reconoce un doble registro, el del investigador y el auto-biográfico-, describe una serie de núcleos ideológicos constituidos en el campo cultural argentino del período 1956-1966, que fueron portados por un conjunto de intelectuales a los que Terán denomina genéricamente como “con-testatarios”, “críticos” o “denuncialistas” y en torno de los cuales se asiste a la formación de una nueva izquierda intelectual en el ámbito nacional.

El recorrido y los tópicos son variados y, sin embargo, el escenario aparece enfáticamente determinado por dos fenómenos: el peronismo proscripto, por un lado (un peronismo que comienza a ser percibido como “sujeto moral”, fundamentalmente por su rol político en el contexto de la proscripción), y la Revolución Cubana, por el otro. En otras palabras, las masas oprimidas y humilladas, dispuestas a “dar la vida” por recuperar algo de su dignidad avasallada, por un lado, y la promesa de la redención, tan costosa y violenta como definitiva, por el otro. Y asistiendo a ese escenario, los jóvenes intelectuales -o cuanto menos universitarios- en quienes el humanismo, la figura sartreana del *compromiso* y la praxis marxista ya han hecho carne; tradiciones, ideas, concepciones [¿estructuras de sentimiento en formación?] que les llegan a través de los circuitos y redes más o menos informales que conforman ese emergente y bullicioso mundo intelectual y juvenil que incluye tanto a las sedes universitarias como a los bares o centros culturales que pueblan sus adyacencias y se prolongan por buena parte de la ciudad porteña.

Si el ejemplo cubano pone a disposición de esos jóvenes sensibles la opción de la violencia revolucionaria no es, sin embargo, quien marca el pulso del desenlace final. Porque la historia que ofrece el libro es, también, la de las vicisitudes de un conflicto por el cambio, entre lo tradicional y lo moderno, y

ese conflicto desemboca, finalmente, en junio de 1966, en lo que Terán llamó el “bloqueo tradicionalista”. Sólo entonces, tras el golpe de Estado encabezado por el general Juan Carlos Onganía, aquel *compromiso* podrá erigirse como *verdad*; sólo entonces se impondrá la convicción de que el único camino de la revolución debe adoptar las formas de la guerra; sólo entonces emergerá “el rostro fascinante y temido del guerrero”, y sólo entonces, el fusil arrasará con la pluma.

Solía decir Terán, sin embargo, que no bastaba con volverse a la Noche de los Bastones Largos para explicar la opción que desplazaba el claustro por las armas; que -continuaba- en rigor el interrogante que debía girar en torno a “sobre qué cayó ese palo”. Aventurando un poco la respuesta -y quizás producto de un exceso de recorridos biográficos-, podría decirse que aquellos jóvenes que por entonces llegaban a las facultades de humanidades eran portadores de un *tejido*, un *tejido* que no es equivalente a una idea, un *tejido* que es parte de una sensibilidad, un *tejido* que es, fundamentalmente, algo parecido a una *moral*.

Y es esa suerte de *moral* la que oficiará de tierra fértil para el humanismo sartreano que, mediaciones teóricas y políticas mediante, se articulará bastante armoniosamente con los postulados y propuestas foquistas, no sólo en relación con las potencialidades casi ilimitadas de la voluntad revolucionaria (especialmente en su modalidad armada) sino también -o sobre todo- en su altivez plebeya y romántica que esgrimía populismo y anti-intelectualismo, en un gesto de desprecio anti-moderno y definitivo para con aquello que definía como burgués.

El corolario de este proceso es bastante conocido. En su libro, Terán vuelve sobre él con interrogantes bastante explícitos. El primero de ellos remite al problema de la inexorabilidad histórica.

En la conformación de esa nueva izquierda intelectual, en las ideas, creencias y valores que la nutría ¿estaba ya anticipado en forma de germen el futuro “catastrófico” que se sucedería años más tarde? Detrás de ese interrogante hay otro que remite en forma directa a la responsabilidad que en el saldo de la tragedia le cupo a la izquierda revolucionaria, especialmente a aquella ¿cautiva o cautivada? por las prácticas armadas, casi bélicas. ¿Fueron los hombres los que eligieron y abrazaron aquellas ideas que podían dar forma y teoría a una voluntad previamente definida o fueron las ideas quienes se apoderaron de los hombres y, en palabras de Terán, “al hacerles creer lo que creyeron los hicieron ser lo que fueron”? ¿Fueron los hombres los que finalmente tramaron e hicieron la historia o fue la Historia la que con la fuerza arrasadora e irresistible de los vientos emancipatorios tercermundistas catapultó a estos hombres

a la escena de la confrontación final? Si la figura de la tragedia no estructura cabalmente el relato del texto, “es innegable que por momentos la habita válidamente”, admitía Terán.

En el saldo de esa historia -que es relato y es tragedia- hay tantas responsabilidades como deudas. No sería injusto preguntarse si dentro de estas últimas no debiera reinscribirse, también, el comentario de Javier con el que se abre este texto. ¿No fueron parte de la trama trágica, acaso, quienes en aquellas cálidas tardes de domingo optaron por ir a pasear a las plazas cercanas? Después de todo, era “para ellos” que Oscar, Javier y tantos otros estaban “armando un mundo” definitivamente mejor. ¿O tal vez una de las claves de la tragedia radique simple y terriblemente en que aquellos jóvenes ilusionados querían construir un mundo mejor “para quienes tal vez ni lo pedían ni lo querían”? En palabras de Terán “entre el mundo que queríamos preparar y el que llenó de sonido y furia la década del '70 media la distancia breve y al mismo tiempo infinita que quedaba entre quienes terminamos ese domingo con los ojos rojos y las parejas que pasaban hacia el parque”.

Al concluir su libro, en 1991, Terán decía: “quien en aquellos años conoció la esperanza ya no olvida”. Y bien podría radicar allí, en una esperanza resignificada, el sentido de esta reedición; una invitación a volvernos sobre aquellos años no ya en busca de la repetición de certezas incommovibles, voluntades todopoderosas y sujetos tan impolutos como irredentos, sino en pos de la exploración -o quizás incluso de la recuperación- de aquellos otros futuros que no fueron pero que estaban allí; de aquellas otras ideas, creencias y valores que aún pueden nutrir la esperanza colectiva de un mundo o quizás tan sólo de una práctica cuyo fundamento sea, nada más y nada menos, que la dignidad humana.



Una historia generacional

Sergio Pujol
UNLP/CONICET

Como los años veinte, los sesenta gozan de cierta popularidad como objeto de estudio prácticamente desde que concluyeron, y en todo el mundo, claro. Sin embargo, tendemos a poner el acento sobre la segunda mitad de la década, esa que el historiador inglés Arthur Marwick llamó los “high sixties”. Eso también nos cabe a los argentinos. Ya sea la historia de la música o la historia de las revueltas sociales, entre 1966 y 1970 -aunque los '60 argentinos terminaron en el '73- sucedieron las grandes rupturas y fueron proclamadas las grandes consignas. Digamos, el primer disco de Almendra y el Cordobazo. O la edición en Buenos Aires de *Cien años de soledad* y el surgimiento de Montoneros.

Oscar Terán nos propone, en cambio, otra periodización, otra década dentro de la década: la década post-peronismo; o mejor dicho, post-gobierno de Perón. Es el tiempo histórico que concluye bruscamente con el golpe de Onganía y la intervención a la Universidad: los “bajos sesenta”, para decirlo según la cronología del mundo cultural anglosajón. En ese sentido, aunque no solo en ese, Terán nos habla de “nuestros años sesentas”, y en ellos de una generación de intelectuales críticos, contestatarios o “denuncialistas”, que modularon de Sartre a Gramsci y que fueron interrumpidos por una suerte de “bloqueo tradicionalista” que Terán ubica, precisamente, en aquel '66. Poco antes del giro reaccionario –que no impidió algunos florecimientos bastante audaces en el mundo de la cultura y las artes -, despunta una luminosidad nueva, alerta de una sensibilidad en ciernes que pronto hará parecer vetusto lo que no mucho antes fue novedad. En ese sentido, la idea de un “destello de modernidad”, circunscripta principalmente al fenómeno de la revista *Primera Plana* y su agenda actualísima, es uno de los tantos hallazgos de este ensayo original y en cierto modo precursor.

Nuestros años sesentas se erige entonces como el análisis discursivo de una generación que estaba en la Universidad como principal institución, pero que también estaba, física y anímicamente, en los libros, las revistas y los debates públicos. Época fascinante en materia de circulación de ideas -ahí están los guarismos del mundo editorial, aún hoy ejemplares, así como los ejes de

discusiones dominantes- y de fuerte articulación entre la actualización teórica y un anhelo de acción política demorada. Por lo tanto, una historia de intelectuales “comprometidos” o politizados, a la vez que “modernizados”, deviene finalmente en una historia de aquella vida cultural marcada por los imperativos de la política. Por supuesto, a una época se la puede mirar de distintas perspectivas. Recientemente, libros como el de Isabella Cosse *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta* y el de Inés Pérez *El hogar tecnificado* también enfocan los años sesenta, aunque sin el tono político-generacional empleado por Terán, y desde preocupaciones o registros bastante diferentes. Estos datos de la actualidad historiográfica podrían verse como una sutil observación al libro de Terán, o al menos a su título: ¿por qué un período histórico debe ser hegemonizado por aquellos tópicos que sus intelectuales de izquierda consideraron en su momento de vital importancia?

Si bien este libro tiene agregados muy valiosos -el nuevo prólogo de Hugo Vezetti y un diálogo entre Terán y Silvia Sigal, que por esos años también hizo su aporte al estudio de los sesenta-, es indudable que se somete ahora a la lectura de este tiempo. Otra gente -otra generación- lo va a leer, y quienes lo leímos en 1991, seguramente lo volveremos a recorrer de otra manera. ¿Cómo olvidarnos que aquella lectura de principios de los '90, que nos introdujo a un tema más charlado que escrito y más añorado que examinado, tenía un marco de recepción aclimatado por el avance neoliberal y la premeditada operación de olvido (amnistía, en los casos más escandalosos) de no solo la sangría de la última dictadura sino también de su turbulento preámbulo? Y si bien “los sesenta” no eran -no son- “los setenta”, el texto de Terán tomaba entre sus manos esa candente dialéctica, por más que, nos advertía el autor, una buena reconstrucción del período bloqueado por el '66 no necesariamente debía quedar condicionada por lo que sabíamos sucedió después. Esa tensión entre un antes y un después es clave en el abordaje de Terán: tratar de analizar el campo intelectual de los sesenta sin el tono fatalista -la tragedia en su acepción clásica- de la espiral de violencia de los setenta.

Con una escritura que abrevaba en la mejor tradición ensayística pero que, a su vez, reforzaba un estilo ya despuntado en *Positivismo y nación en la Argentina* y *En busca de la ideología argentina*, el libro de Terán sobre los años sesenta mantiene vigente su llamada a todo lector ansioso por seguir indagando un tema de inacabables variaciones.